

## EL NOVELISTA GUSTAVO ADOLFO BECQUER \*

POR MANUEL FERRAND

Señores:

Pide la costumbre que el académico electo inicie el discurso dejando constancia expresa de su agradecimiento. Bien me parece, porque es norma que si no existiera la hubiera creado, con mucho gusto y ahora mismo, quien les está hablando. Y hasta lamento que no fuera así para que mis palabras no tuvieran ni remoto resabio de fórmula al uso. De ese modo quedaría más patente mi gratitud hacia ustedes, que han tenido la atención de llamarme a formar parte de esta Real Academia.

Y es preceptivo que, el que se encuentre en situación tan lisonjera, dedique un recuerdo a quien antes que él ocupara el mismo puesto. Tarea para mí, igualmente grata, porque mi predecesor fue don Tomás Castrillo Aguado, Arcipreste de la Catedral de Sevilla, escritor cultísimo y de fibra y donaire. No tuve la suerte de tratarle personalmente, pero si para el verdadero conocimiento de la valía de un hombre bastan sus obras, referencias tengo sobradas con la lectura de sus libros y con el testimonio de los que le trataron; que no podría quedarme solamente con lo que deduje de sus escritos, cuando tanto se me habló, y tan elogiosamente, de su afabilidad en el trato, de la oportunidad de sus consejos y del ejemplo que constituyó esa otra obra, aún más valiosa, que fue su vida.

Ya han pasado años por mí; los suficientes para ir valorando cada vez más en un hombre su capacidad de comprender, servir y amar al prójimo, la hombría de bien y las buenas maneras. Admiro al que juega limpio, tal como Dios manda,

---

\* Discurso de ingreso en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras el 4-XI-1980.

con la memoria abierta a las gratitudes y cerrada a los rencores. Y si a esto se le suma, por privilegiada ventura, la posesión y el ejercicio de la sensibilidad y de la inteligencia, encontramos al ser humano que es síntesis y reflejo de algo que vale más que los muchos conocimientos: encontramos lo que en términos trascendentales se llama la verdadera sabiduría.

Releyendo «Enemigos de Jesús en la Pasión» he comprendido que su autor, don Tomás Castrillo Aguado, tenía que ser tal como lo recuerdan aquellos que cultivaron su amistad: una mente y un corazón abiertos de par en par: un hombre íntegro, en definitiva, comprensivo e inteligente.

Mucho tiempo he dejado pasar, más de lo que aconsejan la gratitud y la cortesía, antes de presentarme ante ustedes con el discurso reglamentario. Y no fue por la mera redacción de este trabajo, que me ocupó tan sólo lo preciso, sino por mis dudas a la hora de escoger el tema. Bien sé que, en estos casos, suele elaborarse una semblanza o montar una teoría. Pero como por afición y por oficio tiendo más a la divagación y a la creación literaria que a rigurosas investigaciones, tenía que escoger una materia que se atuviera a la limitación de mis posibilidades. En medio de mis dudas, lo único que tenía bien claro es que, cualquiera que fuese el tema escogido, tendría forzosamente que entrar de lleno en el ámbito de mis predilecciones.

Y es el caso que, desde un punto de vista literario, esas predilecciones se llaman la novela y Sevilla. Tan unidas en mí estrechamente que Sevilla está de una manera u otra en cuantas novelas escribí hasta la fecha. Esta conclusión fue punto de partida: podría hablar sobre la novela de un sevillano. No precisamente sobre la mía, de la que prefiero que se sigan ocupando los demás. Ya saben que algunos críticos piensan que el autor es el último que se entera, opinión que respeto porque me gusta ser respetuoso. Y, por otra parte, no creo prudente atribuirme la función de juez sobre mi propia tarea. No conozco tonto mayor que aquel que esté satisfecho de su vida

y de sus obras, así que necedad y petulancia sería ocuparme de mí mismo.

Decidí, por fin, hablar de otro novelista sevillano; y escogí a un escritor extraordinario de nuestra tierra, que quiso ser novelista, que estaba dotado para ello... y que no escribió ninguna novela. Un tema que me viene bien porque, como ven, se presta más al creador que al crítico, al divagador que al erudito. Porque divagación será y no otra cosa cuanto les diga sobre Gustavo Adolfo Bécquer, el novelista que quiso ser, que pudo haber sido.

¿Bécquer novelista? Veremos, y Dios me guíe. Este andaluz con apellido extranjero —como los Machado, como Alberti, Laffón, Grosso, Picasso y tantos otros— que iba para marino, para pintor, para autor teatral y que se ganó la vida como funcionario, y algo menos como periodista, murió a los treinta y cuatro años. Treinta y cuatro años son suficientes, por lo general, para dar la medida de un poeta, pero pocos para el desarrollo cabal de un narrador, especialmente de un novelista. Con las excepciones conocidas, los que cuentan en la historia de la novela componen una lista que habla por sí sola de una necesaria madurez; se justifica así aquello que dicen que dijo Ramón María del Valle Inclán, que sabía no poco de estos menesteres, al joven que se le presentó con un novelón bajo el brazo: «Viva usted primero y escriba después».

Este de las novelas es un género que tiene sus propias leyes; muy liberales, por cierto, porque ofrece posibilidades múltiples y recursos ilimitados, pero con normas que hay que saber captar y acatar aunque no estén escritas con precisión de preceptivas. Exige la exposición convincente, verosímil de una trama, realista o fantástica, y el manejo de unos recursos adecuados para mostrar un reflejo de la vida, pequeño universo de personajes, de ambientes, de pasiones. Todo ello extraído de la observación y de la reflexión, y en definitiva, de ese estupendo sedimento que ha ido quedando en los adentros del escritor en el transcurso de los años: lo que llamaríamos experiencia si por tal entendemos cuanto sigue vivo

de nuestras emotividades, lecturas, observaciones y pensamientos. Hace falta el empleo de la memoria y del entendimiento y también una voluntad precisa y encaminada para expresarse debidamente por unos cauces determinados. Voluntad de comunicación, de expresar bella y justamente en el juego de unas situaciones algo de lo que el escritor lleva dentro. Se trata, por consiguiente, de un esfuerzo, complejo, penoso no pocas veces, que requiere del autor unas condiciones específicas. ¿Encontramos todo esto en Bécquer?

Mucho tendría de empresa temeraria y hasta ingenua no sólo tratar el tema sino enunciarlo, si no se encauzara, como ya advertí, por los vericuetos de la divagación, menos rigurosa que apasionada. Pero no deja de ser para un escritor sevillano atrayente aventura esta de dejarse llevar por el juego de suposiciones, partiendo de bazas huidizas, con reglas que no tienen otro valor que la aplicación de unos datos ciertos y la consideración caprichosa de lo que pudiera haber ocurrido, si Gustavo Adolfo hubiera traspasado las fronteras de sus treinta y cuatro años. Los datos ciertos son las cualidades narrativas del poeta, el valor testimonial de determinados escritos que él mismo juzga como preparatorios y su expreso y detallado deseo de novelar en el futuro.

Efectivamente, por varios de sus escritos sabemos que Bécquer esperaba el momento oportuno, tal vez el sosiego, el tiempo necesario libre de azarosas servidumbres, para escribir unas novelas. Al comienzo de su leyenda «Las tres fechas» ya nos habla de sus novelas presentidas: «*Con su recuerdo me he entretenido en formar, en alguna noche de insomnio, una novela más o menos sentimental o sombría*». Pero por si este párrafo resultara equívoco alejado del contexto, apresurémonos a recordar que en renglones después nos aclara: «*No es esto lo que quiero hacer ahora*». Aunque suene impertinente la advertencia, diré que Bécquer distinguía claramente entre novela y leyenda, y de haber querido novelar le hubiera dado, lógicamente otras dimensiones, y por supuesto otro tratamiento. Leía constantemente; era censor de novelas, no de otra cosa. En la narración «La fe salva», coloca como subtítulo

«*Apuntes para una novela*»; y algunos ejemplos más les traería a la memoria si no fuera mejor ir de una vez y por derecho a lo que dejara escrito de su puño y letra en el documento publicado por Vicente Huidobro: Allí están los proyectos literarios del poeta en los que la novela ocupa un lugar, clasificada en subgéneros muy personales y cada una con un título. Recordemos: Hay tres que califica de *novelas con pretensiones*: «Vivir o no vivir», que dicho sea de paso es título soberbio; «Quince días de trueno», y «La máscara de oro». Corresponderían a tres ambientes distintos, perfectamente determinados a los que el poeta llama *social alto*, *social medio* y *social bajo*. Las tres serían voluminosas y lo puntualiza con la palabra *grandes*. Les siguen otras tres catalogadas como artísticas: «Vicencio» (el poeta precisa: *emocional*), «El monedero falso» y «Herrera». De estas dos, una sería *pictórica* y *poética* la otra, según puntualiza Gustavo Adolfo. Y aún tenía en proyecto, como es bien sabido, siete más dentro de lo que curiosamente llama *estudios en forma de novela*, donde aparecen inscritas «Luz y niebla», que subtítulo estudio de los fenómenos polares; «La Diana India» (estudio de América), «La amante del sol» (estudio griego), «La bayadera» (estudio indio), «Crepúsculo» (aquí vacila el poeta y se pregunta si sería *un sentimiento de empeño*) y, por fin, dos novelas netamente históricas situadas en la Edad Media: «Las dos copas» y «La conquista de Sevilla».

La relación es importante y se presta a un ejercicio de conjeturas ciertamente atractivo. Y, también a un análisis de conceptos en el que salieran a la luz, por la confrontación con los términos hoy usuales entre los estudiosos de la novela, qué pudieran tener de visión anticipada de las teorías modernas acerca del género, los proyectos becquerianos.

Me ocupo sólo de las conjeturas. La relación que cito referente a soñadas novelas, ya lo saben ustedes, es mucho más extensa; incluye poesía, leyendas, caprichos, piezas teatrales, ensayos críticos y filosóficos y hasta colecciones o temas sueltos, suntuosamente editados, de obras propias y ajenas. Todo un sueño que no vio la realidad. Pero lo que queda claro es que Bécquer quiso, entre otras cosas, escribir nove-

las y que en un momento dado retuvo unos temas posibles y los fijó con títulos para que no se les fueran de la memoria, con la ilusión de convertirlos en libro. ¿Todos? Y ¿así? La lista es demasiado precisa y, por paradoja, tan vaga, que no puede ser tomada totalmente en serio, ni probablemente por el propio autor, así que pasaran unos años. Pienso más bien que el poeta dejó volar su imaginación como tantas veces ocurre a cualquier escritor a la hora de trazar planes de trabajo. Aún a sabiendas de que no llegará a realizar cuanto se propone; consciente de que la lista, en su provisionalidad, tiene una validez tan relativa que, a la hora de la verdad, nuevos temas más acuciantes, más acordes con el estado de espíritu del escritor o del siempre cambiante espíritu de la época, habrían de saltar a la realidad tangible de la obra hecha; que los títulos, generalmente, se piensan y se vuelven a pensar, se varían, y que una novela no siempre —a veces casi nunca— transcurre como se imaginó en un principio, porque es verdad que los personajes cobran vida propia y las situaciones originan a cada paso problemas y soluciones inesperadas; aún así, el escritor se anima en un momento dado trazando por escrito proyectos literarios como el que nos ocupa. Pero no se olvide: ese momento dado se sitúa entre 1861 y 1862, cuando el poeta tiene solamente veinticinco, todo lo más veintiséis años.

¿Imaginan a Bécquer escribiendo esas novelas que llama *grandes*? En verdad nos faltan asideros. El mismo dijo: «*Un libro mío no puede ser muy largo.*» Y, sin embargo, en ese ejercicio de suposiciones nada se opone a que los hubiera escrito; creo que el proyecto pudiera haber sido llevado a cabo, y seguramente, con maestría. He dicho el proyecto; quiero decir el de escribir novelas, pero no las que anota como posibles, al menos en su mayor parte. Trataré de explicar el porqué de mi suposición, aunque corra el riesgo de que se crea en mí la pretensión de querer saber más de Bécquer que Bécquer mismo.

De paso diré que dejo de lado lo que pudiera ser materia de un estudio interesante, sin duda, en manos de un especialista. Porque aún suponiendo como probable que la lista es

de aquello que a Bécquer le gustaría y no de lo que esperaba llevar a cabo, ofrece unos datos nada desdeñables sobre su personalidad, su cultura y sus aficiones. Hete aquí que el autor de las Rimas, confortablemente encasillado para menesteres didácticos, anda preocupado por la Historia y por las remotas geografías, por los mitos y costumbres de pueblos primitivos, por los avances de las ciencias, por los tesoros artísticos y por los descubrimientos de la Arqueología. Una múltiple y valiosa curiosidad sobre la que he de insistir porque contribuye a su capacidad potencial de novelista.

Me voy a detener en una sola de las novelas soñadas. La tentación es demasiado fuerte, porque me refiero a la que trataría sobre la Conquista de Sevilla. Tema sabroso para un escritor de esta tierra, aunque no cultive la novela histórica. Imaginemos: Se nos vienen a las mentes paisajes ribereños y de los alcores; campamentos a un lado y otro del río ancho y fuerte, enclavados junto a huertos con albercas, acequias entre naranjos, agua sonora y límpida para la tierra roja y perfumada. Correrías y travesuras, que las hubo; encuentro, al fin, del castellano deslumbrado con la ciudad y, cómo no, que de novela se trata, ante los ojos, el talle y la donosura de la doncella mora. La fantasía del autor templada por aficiones arqueológicas, descubriendo una Sevilla donde se mezcla lo recordado con lo que se adivina: fachadas de cal, blancor exacto para transparencias de sombras del ciprés, del granado y del cidro, teñido de anaranjados y de carmines en los largos atardeceres. Sombras de callejuelas, oquedades que son estímulos para el lance bravo y para lo misterioso en ventanucas y puertas entornadas. Gloria de brillos enmarcada en setos de arrayanes, espejo móvil y blando para la palmera, para la torre grácil y altiva que se remonta al cielo. Buen escenario, ¿cuál mejor?, para mover unos personajes en la intriga inadividable: lo oriental, de moda desde el Romanticismo, con raíces propias ahincadas en los romances fronterizos, y el amor a la ciudad del sevillano ausente, harían lo demás, por descontado.

Una novela sobre la Conquista de Sevilla... Qué lástima que no llegara a escribirla Gustavo Adolfo Bécquer. Con ser uno de los momentos capitales de la Historia de España, y tan rico en episodios por añadidura, la Conquista de la Ciudad por el Santo Rey está literariamente casi inédita. Esa novela hubiera sido, por lo menos, una curiosa aportación, quién sabe si pródiga en consecuencias.

Ya es curioso, permítanme la insistencia y lo que pueda este punto tener de disgresión, que el hecho histórico de la conquista de la capital de un Reino, siendo además ciudad de gran renombre, no tenga un lugar más amplio en nuestras letras y apenas aparezca en nuestro riquísimo Romancero. Buscando explicación provisional y satisfactoria, cabe suponer que la ciudad recién conquistada produjo en los guerreros castellanos y leoneses mayor pasmo y ganas de disfrute que sugerencias literarias. ¿Imaginan el arribo de aquellos campamentales, que traían en el recuerdo sus ciudades y aldeas de la Cantabria lejana, de la austera meseta, campos de pan llevar o asolados por talas de razzias, caseríos sobre piedra y tierra parda? Ante ellos, una de las ciudades más brillantes y risueñas de Occidente, que además de su riqueza y hermosura ofrecía el encanto ya probado en Córdoba, de lo oriental en su trazado, en sus verjeles, en sus torres, mezcuitas y alcázares. El rostro dionisiaco de Sevilla hace que los poetas cristianos, a partir de entonces y, sobre todo, los que al cabo de los años forjaron verso a verso la colección del Romancero, cedieran ante lo maravilloso y placentero con olvido de las gestas; y dieran más importancia a la ciudad en sí que a su conquista tan rica en pintoresco anecdótico. Echamos de menos los romances de Tentudía, de Valme, de las hazañas de Gallinato y de Alonso Tello, de Garci Pérez de Vargas el muy famoso, del bueno de don Remondo, del castillo de Alcalá y del pobre Abu-el-Hassan, Axataf en los cronicones, el que tuvo por histórico destino la pesadumbre de entregar las llaves. Pero a cambio de esto la ciudad es idealizada y se poetiza por lo alto con su celebridad y con la afortunada eufonía de su nombre. Surgirá entre los cristianos el culto a la ciudad cautivadora que más de un siglo después será pro-

clamada por un bardo itinerante *lynda sin comparación*; y se identificará con gentil heroína de romances: La linda Infanta Sevilla, musulmana con Caláinos, mora conversa con aquel Valdovinos, sobrino carnal del Marqués de Mantua, cristiana cautiva en el romance que empieza:

«Sevilla está en una torre  
la más alta de Toledo»;

Y por este camino llega el nombre de la ciudad al libro de caballería y allí es nada menos que Emperatriz, buena dueña, cortés y enseñada e de maravillosa beldad; y esposa, porque no le encontró el autor mejor marido, del Emperante Don Carlos el Mayne.

Ya se sabe que el nombre de Sevilla en el romancero viene de una adaptación del de Sybila, la reina de Jerusalén, madre de Balduino, y que nos llegó a través de su transfiguración literaria en el ciclo carolingio. Pero lo importante es que el nombre hiciera fortuna por su propia belleza y por recordar a la ciudad cautivadora, la más cantada de España.

La Conquista de Sevilla... ¿Cómo pudiéramos imaginar qué novela hubiera escrito Bécquer sobre este tema ni sobre otro?

Pero volvamos al principio. El poeta murió joven, ya hemos recordado que a los treinta y cuatro años. En 1870. Toda su obra pertenece, como se ha dicho, a una creación juvenil. Benjamín Jarnés señaló con acierto que a Bécquer hay que juzgarle irremediabilmente «por sus primeros ensayos líricos, por sus primeras leyendas, por todo eso que Goethe arranca de su labor a los ochenta años. O lo contempla desdeñosamente».

Este punto de partida es obligado para no incurrir en error de perspectiva. La prosa becqueriana que más se conoce, que más se retiene en la memoria y que arranca elogios de los estudiosos es la del creador del poema en prosa. Pero el hechizo perdurable de sus leyendas, con su prosa tan admirada,

nos podría inclinar a deducciones precipitadas hacia lo históricamente improbable. Equivaldría a seguir situando a Bécquer en el papel de perpetuo rezagado, para llevarle a la compañía de un Walter Scott, todo lo más de un Poe, el escritor, se ha dicho, que más se le parece; y que murió, no lo olvidemos, cuando Gustavo Adolfo tenía tan sólo trece años. A partir de 1970, tanto uno como el otro estaban desplazados de los gustos de las minorías. Nuevas generaciones de novelistas seguían los pasos de los autores victorianos, concretamente de Dickens, muerto el mismo año que Gustavo Adolfo, y, sobre todo, de los franceses, con nombres tan poderosos como Sthendal, Zola y Balzac; y en España, los de Fernán Caballero, Pedro Antonio de Alarcón, José María de Pereda y Juan Valera, nacidos años antes que nuestro poeta, y el gigantesco Galdós, nueve años más joven; un plantel de narradores que consiguieron otorgar, por fin, y al cabo de dos siglos y medio, un lugar preeminente para la novela en la literatura española.

Autores que habían olvidado ya las lecturas de su adolescencia y los primeros escritos juveniles. Atrás quedaron, para la historia la abundantísima secuela de «El castillo de Otranto», los muros en ruinas engalanados por la húmeda yedra, las sesiones de relámpagos reflejados en el mármol de los sepulcros, los ámbitos de altas bóvedas con ecos de pisadas de templarios, las damas como reflejo de luna.

Al lado de Bécquer escribían unos hombres interesados ya en otros temas: Apartados de la fantasmagoría y de la medieval tramoya, trataban de recoger el fruto de la observación directa, para retratar tipos y actitudes, costumbres y reacciones de la gente normal del pueblo, de la burguesía y de la aristocracia. Un realismo crítico ha surgido como motivación esencial de la novela: se trata de recoger los problemas que suscitan la inmediata realidad, o lo pintoresco —es decir, lo digno de pintarse, de reflejarse— de unas costumbres que están ahí mismo, al lado del autor; o más bien en las que el autor se ve inmerso como coprotagonista. ¿Costumbrismo, realismo? Ya llegarán las etiquetas a su tiempo y cada cual será señalado inevitablemente con la suya. Tienen

en común el acercamiento a lo cotidiano, exigencia de un ambiente cultural que los determina por sendas opuestas al mundo de las leyendas becquerianas.

Se ha señalado que hay una especie de manifiesto para esta nueva literatura, en el prólogo de «La Gaviota», de Fernán Caballero: allí se dice que el objeto de una novela *«debe ser ilustrar la opinión por medio de la verdad... no extrañarla por medio de la imaginación»*, que, como se ve, es declaración en cierto modo anti-becqueriana, porque rechaza la oportunidad del relato fantástico. Para Alarcón, la novela es el vehículo más idóneo para expresar ideas religiosas y reflexiones moralizantes. Para Valera, estas ideas no son en muchos casos sino mero pretexto para ofrecer un sugestivo cuadro de los personajes de su tiempo y en su ambiente, agudamente observados. Pérez Galdós muestra y demuestra, narra y opina, hace política y pone en pie un universo de personajes sacados con tino de la realidad para elevarlos en algún momento a la categoría de símbolos. Pereda saca partido a su capacidad para describir hasta lo prolijo con tal de hacer viable, también, sus ideas políticas. De un modo u otro, como base de partida, un realismo militante campea en este momento narrativo que, lógicamente, nada tiene que ver con los intentos precedentes e inmediatos. Y Bécquer, contemporáneo. Llegando al borde mismo de la madurez que hemos dado en considerar apropiada para un novelista. Un Bécquer que en la década de los 70, de haber seguido viviendo, no sería ya el mismo. La hipótesis, sin dejar de ser gratuita, pretendo que sea, por lo menos, lógica. Y que si no tiene base real, porque no puede tenerla, sea suficientemente verosímil.

Bécquer, lector a sueldo de novelas, atento a novedades y con un caudal de conocimientos heterogéneos poco frecuente entre los escritores españoles de su tiempo —posiblemente sólo Valera le aventaja en cultura y le iguala en inquietudes—, conocedor de la vida, de favores y sinsabores... El escritor sevillano contaba para el ejercicio de novelar con una curiosidad artística tan generosa que atiende no sólo a la Literatura —ay del escritor que sólo se preocupara de lo estrictamente literario—; a Bécquer le interesaba la música, arte que

siente y cultiva a su manera, felizmente, según el testimonio de sus amigos. Y no sólo era ejecutante, «si que también compositor», como afirma Antonio Escobar. Y el dibujo, en el que se ejercita durante toda su vida, como Hugo, como Dickens, como Galdós, como Gautier y como el Duque de Rivas, y como luego Juan Ramón Jiménez, Unamuno, Eugenio D'Ors, Ramón Gómez de la Serna, García Lorca, Alberti y Delibes. Estas aficiones, estas dedicaciones, trascienden en sus escritos y no sólo en expresas observaciones, sino en el resultado total de un estilo, de un concepto básico de hacer literatura con ritmo y colorido reveladores.

Contaba también, y sobre todo, con una prosa soberbia, rica en léxico, equilibrada prodigiosamente, donde la acentuación, las aliteraciones, la propiedad y la musicalidad de los vocablos delatan al poeta ejercitado en la expresión poemática. Y todo ello, con una ausencia radical de rebuscamientos, con una elegancia tal, que eleva a nuestro escritor por encima de los prosistas de su época, tan inmersos en retóricas ampulósidades. Se dirá, al llegar a este punto, que una prosa bella no lo es todo para la novela, que ni siquiera es necesaria. Creo yo que para este oficio no sobran los primores, cuando son de calidad y sirven a la eficacia narrativa. Antes bien, acrecienta el valor de una novela, el mero hecho de que esté bellamente escrita. Que si el género, como la Literatura toda, es una de las posibles manifestaciones artísticas, se debe no sólo al prodigio de la creación, sino a su debido tratamiento. Una decidida —y afortunada en sus resultados— intención estética, una consciente voluntad de estilo tocada por la gracia, hacen de la obra literaria no sólo un documento testimonial, sino una obra de arte.

Pero cuanto llevo dicho poco hubiera servido a Bécquer a la hora de enfrentarse con sus novelas si no le acompañaran su talento de narrador y su capacidad de transmitirnos una poco común penetración psicológica. Al releer sus «Leyendas» encontraremos a cada paso ejemplos de lo que digo. Cuando describe lo maravilloso, lo inusitado, como, por ejemplo, la irrupción de un aparecido en el dormitorio de una dama, en «El monte de las ánimas», toda la carga emocional del relato

se hace patente a través del proceso interior del personaje. El lector se siente conmovido no por lo que ocurre en la estancia, sino por su repercusión, segundo a segundo, en el interior de Beatriz, gracias a la exposición exacta de la sorpresa, el miedo, la angustia y el sentimiento de culpabilidad que la va estremeciendo progresiva y violentamente. Lo que narra está visto en la mente, en la sensibilidad, en los adentros del personaje; recurso que denota un conocimiento del alma humana y que exige una rara y especial capacidad para transmitirlo. Aquí, como en otros trozos, que podría evocar de distintas leyendas, se trata de una situación límite expuesta con la mayor eficacia. En otros casos, el descubrimiento de un personaje, de su talante y de sus reacciones nos lo dará a conocer por medio de sus paralamientos. Eludiendo la opinión del autor, dejando que sea el lector quien se las entienda con la situación planteada y con la psicología de los personajes. Método, por cierto, característico de la novelística moderna.

Saber narrar... Difícil negocio este, y cómo se desprecia hoy tantas veces... ¿Recuerdan el sabrosísimo viaje que describe Gustavo Adolfo en la primera de las «Cartas desde mi celda»? Al cabo de unas horas de tren el poeta prosigue su camino en diligencia. No va solo. El carruaje está a tentebo-nete y como hay mujeres y hombres, los caballeros deciden desde el primer momento ocupar posiciones. El viaje es largo y la condición viril del celtíbero obliga a no quedarse atrás y cada hombre se afana, a codazos, como sea, en buscar sitio junto al grato calor de las damas. Con donaire y sana malicia, y, sobre todo, con una ejemplar, formidable economía de retórica, Bécquer nos describe el momento, el clímax, con tanta gracia como eficacia narrativa: *«Yo fui el primero —confiesa el escritor— en colocarme en mi sitio entre las dos mujeres... La muchacha tenía los ojos retozones y de la madre se conservaba todo lo que a los cuarenta y pico de años puede conservarse de una buena moza. Tras mí entró un estudiante... a quien no hubo de parecer saco de paja la muchacha, pues viendo que no podía sentarse junto a ella, porque ya lo había hecho yo, se compuso de modo que en aquellas estrecheces se rozase rodilla con rodilla.»* La diligencia va a arran-

car, ya parece imposible que quepa alguien más, cuando se presentan dos nuevos viajeros: *«un clérigo entrado en edad pero guapote y de buen color al que acompañaba una dama o dueña, como por aquí es costumbre llamarlas, que en punto a cecina, la mujer era de lo mejor y más apetitoso a la vista que yo he encontrado de algún tiempo a esta parte»*. La llegada origina nuevos acomodos: *«el escolar encontró ocasión para encajarse más estrechamente con su vecina de asiento, mientras hacía sitio al ama del cura, sitio pequeño para el volumen que había de ocuparlo, aunque grande por la buena voluntad con que se ofrecía. Sentóse el ama, acomodóse el clérigo y ya nos disponíamos a partir»*... —Bécquer nos cuenta ahora la arribada de un personaje inolvidable, ya descrito en páginas anteriores—, ...*«cuando llovido del cielo o salido de los profundos, hete aquí nos aparece mi famoso hombre gordo del ferrocarril, con su imprescindible cesto y su monstruosa sombrerera. Referir las cuchufletas, las interjecciones, las risas y los murmullos que se oyeron a su llegada sería asunto imposible, como tampoco es fácil de recordar las maniobras de cada uno de los viajeros para impedir que se acomodase a su lado. Pero aquel era el elemento de nuestro hombre gordo; allí donde se reía, se empujaba, y unos manoteando y otros impasibles, todos hablaban a un tiempo, se encontraba el buen regidor como pez en el agua o pájaro en el aire. A las cuchufletas respondía con chanzas; a las interjecciones encojiéndose de hombros y a los envites de codo con codazo, de manera que a los pocos minutos ya estaba sentado y en conversación con todos como si les conociese de antigua fecha.»* La relación prosigue de este modo, con humor, con agudeza y nos cuenta cómo se destapan paquetes y botellas y el vino corre, entre remilgos o sin ellos, en una escena tiernamente grotesca, humana, vulgar y provinciana. Un episodio narrado con maestría, con el mejor sentido del humor, sin llegar a la caricatura, como hubiera hecho un escritor festivo, ni a la prédica ni a la hipérbole, como hubiera procedido un Larra. Lejos del esperpento —ni un sarcasmo ni una deformación— y de la blandura: fresca y viva realidad, con humor cervantino, contada llanamente con galanura del lenguaje en

función estrictamente de lo narrativo. El lector vive la escena, se siente sumergido en aquel estrecho recinto de apreturas y de contactos que se buscan y acentúan los vaivenes del carruaje, en las algarabías de risa, de gritos, de voces quedas, quejas que se olvidan y una procesión que va por dentro y que, miren por dónde, rezuma alegría de vivir. El huésped de las nieblas se muestra en su faceta menos pregonada, la de observador atento, guasón y comprensivo. Su sentido del humor está impregnado de ternura, por eso es válido en alta estima, por eso dosifica la ironía y muestra indulgencia elegante y piadosa ante las flaquezas de la buena y pobre gente, ante el destino no escogido por unos personajes que tienen alma y cuerpo. Si los hubiera dejado caminar libres, al margen del reportaje, por los cauces de una invención como hiciera tantas veces imaginativamente ...«*con su recuerdo me he entretenido en formar algunas noches una novela...*»

---

Hasta aquí me llevan mis divagaciones. Sin montar en serio teoría alguna, que hubiera sido empeño tan nebuloso e inconsistente que sonaría a fraude intelectual. No hice más, ya lo ven, que entrar en juego literario con la misma disposición del autor de novelas históricas, que atribuye lances y parlamentos a unos personajes que realmente existieron pero que en sus manos se convierten en criaturas de ficción.

Bécquer quería hacer estudio en forma de novela, yo casi les traigo un esbozo de novela en forma de estudio. Fingiendo una predicción fallida, extemporánea, me situé a la vera de Bécquer aún vivo en 1870, y lancé una mirada a lo que pudiera haber sido su futuro condicionado y contingente, lo que los tomistas llaman futurible. Y ha salido este discurso.

Y termino, señores. Entre mis deudas de gratitud quedará siempre pendiente la contraída con ustedes, compañeros de Corporación. Y con el exiguo valor de este trabajo, saldo tan sólo en ínfima parte, la que contraje, desde mi primera lectura de sus obras admirables, con Gustavo Adolfo Bécquer, uno de los más grandes poetas de nuestra lengua, narrador extraordinario y novelista que quiso ser, pero que no llegó a serlo.